

razon dice el Espíritu Santo que su muerte es mas propiamente principio de una eterna vida.

El evangelio es del cap. 21 de san Lucas.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Cum audieritis praelia, et seditiones, nolite terri, oportet primum hæc fieri, sed nondum statim finis. Tunc dicebat illis : Surget gens contra gentem, et regnum adversus regnum. Et terræmotus magni erunt per loca, et pestilentia, et fames, terroresque de cælo, et signa magna erunt. Sed ante hæc omnia injicient vobis manus suas, et persequentur, tradentes in synagogas, et custodias, trahentes ad reges et præsides propter nomen meum : continget autem vobis in testimonium. Ponite ergo in cordibus vestris non præmeditari quemadmodum respondeatis ; ego enim dabo vobis os, et sapientiam, cui non poterunt resistere, et contradicere omnes adversarii vestri. Trademini autem à parentibus, et fratribus, et cognatis, et amicis, et morte afficient ex vobis : et eritis odio omnibus hominibus propter nomen meum : et capillus de capite vestro non peribit. In patientia vestra possidebitis animas vestras.

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos : Cuando oyéreis las guerras y sediciones, no os asusteis ; porque es menester que haya antes estas cosas, pero no será luego el fin. Entonces, les decia, se levantará una nacion contra otra nacion, y un reino contra otro reino, y habrá grandes terremotos por los lugares, y pestes y hambres, y habrá en el cielo terribles figuras y grandes portentos. Pero antes de todo esto os echarán mano, y os perseguirán, entregándoos á las synagogas y á las cárceles, trayéndoos ante los reyes y presidentes por causa de mi nombre. Y esto os acontecerá en testimonio. Fijad, pues, en vuestros corazones que no cuideis de pensar antes lo que habeis de responder. Porque yo os daré boca y sabiduria, á la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros contrarios. Y seréis entregados hasta por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán á algunos de vosotros. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre ; mas no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. En vuestra paciencia poseeréis vuestras almas.

MEDITACION.

SOBRE LA MUERTE DE LOS JUSTOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la muerte para los justos no es un mal que llena de horror y de espanto solo el considerarle, sino que por el contrario nada tiene de temible, nada tiene de horrorosa, y puede considerarse como un positivo bien, que es el fin de otros males temporales, y el principio de bienes eternos é infinitos.

En el capítulo tercero de los Proverbios comprende el Espíritu Santo en pocas palabras todos los bienes insinuados acerca de la muerte del justo, hablando con él, y diciendo : *Quando muéras, no temerás ; descansarás, y tu sueño será suave.* En la primera parte se contienen todas las consolaciones que ofrecen á un moribundo las acciones de su vida cuando esta ha sido arreglada, y la tranquilidad de su conciencia. Un justo, aunque interiormente se mira con ojos tan delicados, que su humildad le hace reputarse por uno de los mayores pecadores del mundo, no puede sin embargo apagar las luces con que resplandece la verdad, ni sufocar los dictámenes de su conciencia. Esta no le presenta delitos por mas que sus ojos linceos se empeñen en buscarlos. En aquellos momentos tranquilos en que la gracia de Dios le hace gustar de las suaves efusiones de sus dulzuras, cuando la esperanza prevalece contra el temor, y se le representa Dios como un señor, como un padre, cuyas misericordias exceden á sus justicias, entonces ve el justo su vida con una cierta complacencia que le hace no temer la

muerte. No ve en su discurso aquellas infracciones de la ley santa de Dios que forman los delitos; ve una serie continuada de mortificaciones respecto de sí mismo, de obras caritativas en orden á sus prójimos, y de sacrificios y oraciones respecto de Dios y de los santos. No se le presenta el pobre desvalido á quien haya oprimido con injusticias, ni el infeliz deshonrado por su murmuración ó detracciones, ni la honesta doncella privada de su honor por su culpa; no ve la tierra empapada en sangre por cebar su ambición, ni trastornados los reinos y las provincias por sus astucias y cabilaciones, y todo este conjunto causa tal tranquilidad en su alma, que la exime del temor que tan terribles angustias causa en aquella hora. La misericordia del Señor ve que solamente se puede emplear en unas acciones casi indiferentes, y que sola la debilidad humana puede hacer que sean faltas; pero su levedad, y el saber que la divina justicia no tiene decretados contra ellos los últimos suplicios, le consuela, le llena de gozo, y hace á su corazón exento del temor. Por otra parte, mira todos los bienes criados con el mismo desprecio en que los ha tenido toda la vida, y el ver en la hora de la muerte la inutilidad de todos ellos con luces mas claras, hace que este desprecio tome mayor incremento, y le haga insensible su pérdida. Acostumbrado á mirar las riquezas como lazos escondidos contra las buenas costumbres, á las delicias del mundo como sombras pasajeras, que solo tienen de verdad lo que dejan de contrición y de amargura, á los puestos encumbrados y dignidades altas como precipicios ó escollos, en donde casi es inevitable la ruina, conserva estas mismas ideas en la hora de la muerte; y al ver que esta le va á librar de tan grandes males, lejos de mirarla con horror, la mira con cariño y la abraza como á su libertadora.

PUNTO SEGUNDO.

Considera que despues de la tranquilidad y dulzura que siente en su alma el justo á la hora de la muerte, volviendo los ojos á su vida, se refuerza su consolación dirigiéndolos á cuanto le ha de suceder en lo futuro, desde el instante mismo en que se verifique la separación de su alma y de su cuerpo.

El Espíritu Santo en las palabras anteriormente alegadas insinúa esto mismo cuando dice al justo: *Descansarás, y tu sueño será tranquilo*. Nada ha tenido á los hombres mas inquietos que el deseo de saber con certeza cuál ha de ser su suerte cuando hayan pasado de esta vida. Aun en las religiones mas estrafalarias y extravagantes la idea del premio ó el castigo ha tenido suspensos á los hombres, y siempre temerosos de que sus delitos no podrian quedar impunes, ni los justos é inocentes dejar de ser vengados. Por mas que el capricho, la necedad ó la loca manía de parecer sabios hayan precisado á algunos hombres ingeniosos á manifestar en sus escritos su ningun cuidado de la inmortalidad, se ha observado que estos mismos hombres, cuando han llegado á la hora de la muerte, han abjurado prácticamente su error, presentándose con las convulsiones horrorosas que les causaba su conciencia. Todos han conocido que en aquella hora en que no se puede disfrazar la verdad, ni esconder los verdaderos sentimientos del alma, daban á entender que reconocian un Ser supremo, el cual habia de castigar sus excesos para vengar las prevaricaciones de esta vida. Nosotros los cristianos, que conocemos y confesamos estas verdades inconcusas, conviene á saber: que el alma del hombre no muere con el cuerpo; que existe un Dios omnipotente y justo, que recompensa á los buenos y castiga

á los malvados; que en el mismo momento en que el alma racional se separe del cuerpo, se ha de presentar en el tribunal rectísimo del juez de vivos y muertos; y que á esto, finalmente, se ha de seguir una vida feliz ó desdichada, pero eterna, tenemos razones de mucho consuelo cuando nos acompaña la justicia en orden á nuestra suerte futura. Porque ¿cómo ha de temer un justo presentarse en el tribunal de un Dios á quien ama con todas las veras de su alma, y de quien sabe que es amado con los extremos de un amor divino? ¿qué rezelo ha de tener un hijo de presentarse delante de su padre, cuando su misma conciencia le asegura de que siempre ha respetado sus leyes, y jamás le ha faltado á la obediencia? ¿mirará á Dios como á un Dios justiciero y terrible, que tiene empuñada la espada de la venganza para fulminar contra él una desventura eterna? ¿se presentará en su tribunal con aquella confusion, con aquel espanto, con aquella contricion y amargura producidas de la conciencia, del delito y del castigo que le amenaza? Nada menos que eso. El justo se presentará delante de Dios como delante de un amigo suyo, que tiene unidos con él todos sus intereses; como delante de un hermano que le espera para partir con él una preciosa herencia; como delante de un padre tierno y amoroso que le está esperando con los brazos abiertos para premiar sus obras, su obediencia filial, su respeto, su amor, y llenarle de eterna ventura; y todas estas consideraciones es preciso que le hagan mirar la muerte exenta de los horrores naturales, y come un bien que le abre la puerta á interminables bienes.

JACULATORIAS.

Timenti Dominum benè erit in extremis, et in die defunctionis suæ benedicetur. Eccle. 1.

El que tema al Señor lo pasará bien á la hora de la muerte, y el dia de su tránsito será para él principio de sus bendiciones.

Domine, deduc me in justitia tua. Salm. 5.

Señor, guiad mis pasos, y haced que todas mis operaciones sean segun vuestra justicia, para que á la hora de la muerte tenga la consolacion de los justos.

PROPOSITOS.

El hombre prudente no se deja llevar del destino con su ceguedad acostumbrada, sino que prevee con anticipacion sus situaciones futuras, y se prepara para ellas, de manera que perciba de ellas provecho, y de ningun modo daño. El labrador sabio y experimentado prepara sus tierras para recibir al tiempo oportuno los frutos sazonados y provechosos. El general diestro prepara en determinadas situaciones los puestos oportunos que sabe que con el tiempo le han de hacer conseguir victorias. Esto mismo debe hacer el cristiano en la vida espiritual, que por lo comun está sujeta á las mismas leyes y al mismo modo de direccion que todas las cosas humanas. Si quieres ser participante de la suerte de los justos; si quieres tener una muerte feliz, libre de aquellos horrores que tanto atormentan á los malvados, y llenan de las dulzuras inefables que concede Dios á los justos, procura imitarlos en su vida, pues de esta imitacion pende la de su muerte. No puede morir mal dice san Agustin (*Lib. 1 de Civit. Dei.*), el que viviere bien. En esta su posicion, tus obras han de decidir la suerte de tus deseos: Dios se te representa en este instante como un juez terrible; tus pecados te le hacen temer como riguroso; pero estás en tiempo: ese mismo juez, ese mismo Dios te ha dejado misericordiosamente los

medios de aplacarle. Con su misma sangre hizo un balsamo precioso, para que en el sacramento de la penitencia pudiesen ser curadas todas las heridas de tu alma. Con su misma sangre te preparó un caudal inmenso de gracias, que son el tesoro con que puedes satisfacer todas tus deudas, y enriquecerte además para comprar el reino de los cielos.

Solamente se te pide que uses de estos medios, y que, despues de conseguir la divina misericordia, tengas constancia en el bien. Con estas facilísimas condiciones se te promete la muerte de los justos. ¿Serás tan falto de juicio, que rehuses adquirir tan gran bien á tan poca costa? Si á un miserable que hubiese padecido naufragio le ofreciesen, no ya un débil fragmento de una tabla para salvar su vida, sino una nave bien tripulada y abastecida, ó un puerto seguro y tranquilo, ¿crees tú que llegaría á tanto su temeridad y locura que los despreciase, perseverando en el riesgo, clamando al mismo tiempo que deseaba salvacion? Es seguro que le tendrías por loco, y que te merecería el mas alto desprecio. Pues ahora bien: en estas meditaciones has visto claramente que la muerte del justo es amable, es dulcísima, es apetecible, que esta exenta de aquellos horrores y arrepentimientos que acongojan á los malvados, y les hacen gustar anticipadamente unos dolores y amarguras propiamente de infierno. Has visto que la separacion del alma y cuerpo, tenida entre los mortales por el trance mas insoportable y doloroso, es para los justos un instante de gusto, un momento de gloria, un fin de sus trabajos, y un principio feliz de una ventura que ha de durar para mientras Dios fuere Dios. La muerte de los santos martires que celebra la Iglesia en este dia te confirma estas verdades, cuando la experiencia de tantos siglos no la probara mas que suficientemente. Pues ¿en qué te detienes que no buscas

todos los medios de procurar una muerte de esta naturaleza? ¿porqué desde este mismo instante no te has de convertir á Dios, y hacerte amigo del que inevitablemente ha de ser tu juez? Si mañana, ¿porqué no ahora? ¿estará mañana en tu mano producir en tu alma las santas inspiraciones que ahora sientes? No, seguramente: ¡al vez querrás, y no podrás, castigando Dios tu temeridad con la dureza que experimentas. Pues, cristiano, no seas temerario: aprovéchate de los momentos presentes para asegurar un momento feliz, que sea el principio de una eternidad de gloria.

SAN FRUTOS, CONFESOR, PATRON DE SEGOVIA.

En Dios siempre está la justicia acompañada de la misericordia: cuando la primera preparaba á España el mas terrible castigo que se ha visto en el mundo, pero el mas proporcionado á sus excesos, al mismo tiempo la divina misericordia miraba esta feliz region con ojos de piedad, y la preparaba, sino el remedio á sus males, á lo menos un gran consuelo en sus aflicciones. Pocos años antes de la gran devastacion de los sarracenos nació en España san Frutos, para que en medio de las turbulencias que habian de padecer los fieles de la bárbara morisma, tuviesen á lo menos un profeta que les acordase á los Españoles la causa de su desolacion, contuviese con prodigios el ímpetu furioso de sus crueldades, y aplacase á Dios con sus humildes oraciones. La desgracia y turbacion de aquellos tiempos han sido causa de que las memorias de un tan gran varon hayan llegado á los nuestros tan escasas, que apenas se sabe de él otra cosa que lo poco que consta de algunos manuscritos de la iglesia